Correspondencia

Carta N° 8: Al General Francisco de P. Otero Lima, 10 de marzo de 1832.

Señor General don Francisco de Paula Otero.

Señor:

Desde el día 13 del mes pasado está el hijo de US. en mi casa. El señor don Miguel Otero me entregó la carta en que US. incluye una lista de ropa perteneciente al niño, y una libranza de $200 pesos. He recibido éstos y la ropa.

Añada US. a los muchos defectos que le han dicho que tengo, el de la negligencia en responder a las cartas con que me honran: confieso mi pereza, y suplico que no se tome por desatención. Nada acostumbrado a llevar correspondencia, ignoro la distribución de los correos, y transfiriendo, de un día para otro, mis respuestas, quedo muchas veces mal. Así pudiera confesar lo demás, como confieso esto; pero usted me dispensará, considerando que es cosa muy dura el convenir en que me falta el juicio.... No hay loco que no lo haga, aunque lo maten. Un señor cochabambino, llamado Jámes (según me ha dicho el niño) desaprobó la resolución de US. cuando supo que me elegía para preceptor de su hijo —no puedo menos que aprobar la buena intención de ese señor, aunque su opinión me sea contraria—, inmoralidad y locura no son recomendaciones para maestro. No obstante, como US. persistiendo en su proyecto, me hace más honor que el que me habría hecho si hubiera lisonjeado sus esperanzas con virtudes, tal vez hará de mí un ladrón fiel: en efecto, algo va consiguiendo. El informe del señor Jámes ha picado mi amor propio y empiezo a sentir ya un cierto deseo de probar que tengo más juicio que él —demasiado decir es; pero confío “en Dios” que lo he de conseguir, y he aquí como. No hablando al niño, en mis lecciones, sino de letras, de números, de verbos, de aseo y de paz con sus compañeros— y cuando llegue el caso de hablarle de alta moral, le citaré a su señor padre por todo ejemplo. Allá, de tarde en tarde, por no dejar de decirle algo de mi propio fondo... ya que soy maestro.... me descolgaré por la Ociosidad, y presentándole, en el señor Jámes, un contraste, le haré ver como ese señor lo hacía, si se aplicase a enseñar, lo mucho que importa el.... Ocuparse —lo laudable que es, en un republicano el vivir de.... su propia industria— lo feo que es el pasearse, con su almofrej, por las montañas, contando con los indios que quedan en la hacienda, etc.

Como el niño salga de mi casa, al cabo de algún tiempo, sabiendo lo que es razón o disparate —verdad o mentira— modestia o hipocresía, hablando en castellano o en quechua, según convenga (pero no todo junto), lo poco de que un muchacho puede hablar —escribiéndolo con las letras que debe— y leyéndolo con sentido, no a gritos, ni en tono cigarrón.... habrá el señor general Otero conseguido mucho para cimentar la educación de su hijo, lo demás él lo hará, y yo tendré la satisfacción de haberle servido de algo.

US. sabe que yo no he abierto casa; no porque me disguste enseñar, sino de miedo a los buenos cristianos. Muchos por caridad, me han tomado a su cargo y creyendo perjudicarme, han procurado desacreditar un establecimiento que no existe.

El señor don José Domingo Cáceres, a quien debo muchos favores, me encargó dos niños (su sobrino y su cuñado) pocos días después, el señor don Cesáreo Sánchez me suplicó que le recibiera a su sobrino Igurra, y de uno en otro (siempre por recomendación del señor Cáceres) se han juntado hasta seis contando el niño de US. Esta es toda la escuela: pierde, por consiguiente, su tiempo el señor Jámes, como lo pierden otros.

Ya que ese señor habla, hablaré yo también. Yo dejé la Europa, (donde había vivido veinte años seguidos) por venir a encontrarme con Bolívar; no para que me protegiese, sino para que hiciese valer mis ideas a favor de la causa. Estas ideas eran (y serán siempre) emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria que rueda en los libros, y en los Congresos. Con los hombres ya formados no se puede hacer sino lo que se está haciendo —desacreditar la causa social. El año 23 llegué a Cartagena, subí a Bogotá, y allí, esperando a Bolívar por espacio de un año y medio, empecé mi establecimiento de educación en un Hospicio, bajo la protección de Santander. Omitiré los pormenores de la empresa y de su resultado, porque serían largos. Me llamó Bolívar desde Pativilca y fui a encontrarme con él en Lima el año 25. Subimos juntos al Alto Perú, y se empeñó en que me quedara con Sucre, hasta haber establecido mi plan a beneficio de aquel país, y volverme a Colombia a hacer lo mismo. Sucre se dejó gobernar por cuatro simples, entre ellos el señor Jámes y un capellán de monjas llamado Centeno, se empeñaron en limitar todo el Alto Perú a Cochabamba, con desprecio de los demás departamentos. El señor Jámes era el agente; y viendo que no podía obtener de mí el disparate que pretendía, engañó a Sucre y le hizo dar un decreto muy tonto —entre otras cosas mandaba establecer en Cochabamba (que debía ser la capital de la República) una escuela de pintura al óleo, porque (según el señor Jámes) sus paisanos nacen pintando.... en prueba de ello (decía) véanse los embutidos de las guitarras. Fui a Cochabamba en marzo del 26 por orden de Sucre, y fueron tantas las necedades, las persecuciones y los informes anónimos de Jámes y del clérigo, que Sucre me desairó y tuve que abandonarlo todo. Entre tanto que yo me defendía en retirada, un abogado llamado Calvo, entonces prefecto y ahora Ministro de Estado de Santa Cruz, desbarataba mi establecimiento en Chuquisaca, diciendo que yo agotaba el tesoro para mantener putas y ladrones, en lugar de ocuparme en el lustre de la gente decente. Las putas y los ladrones eran los hijos de los dueños del país. Esto es, los cholitos y las cholitas que ruedan en las calles y que ahora serían más decentes que los hijos y las hijas del señor Calvo.

Viendo tanta ignorancia y tanto atrevimiento en las gentes que se llaman principales (esto con muy pocas excepciones) me retiré a mi casa después de haber gastado en la empresa el dinero que Bolívar me había dejado. Desde entonces ando errante y desnudo, hace un año que estoy en Lima, y sin el señor Cáceres habría tocado la última miseria. US. puede deducir del texto, las ocurrencias intermedias en las escenas que acabo de referir. Dios nos libre de ignorantes y de tontos.

 Conserve US., señor general, su salud y su paciencia, y vea si puede ayudarle en algo más que en cuidar a su hijo.

Su atento servidor. Simón Rodríguez

Consigna para trabajar con la fuente

a- Identifiquen al autor de la carta y el contexto en el que la escribe.

b- ¿Qué acciones, formas e instituciones educativas se mencionan en la carta ? ¿Cuáles son sus características?

c- ¿Qué sentidos le asigna Simón Rodriguez a la educación de primeras letras?

d- Identifiquen los obstáculos que encuentra para la expanisòn de la educación popular